

LOS DATOS DEL ESCANDALO

de reelección de Nixon ha destruido numerosos documentos antes de que caigan en manos del FBI. El 5 de octubre, Alfred Baldwin, también antiguo agente del FBI, confiesa que ha trabajado en el espionaje de Watergate y que ha registrado numerosas conversaciones telefónicas. En octubre, el "Washington Post" revela que el agente Donald Sebrettim, también del FBI, estaba en relación con una ayudante personal de Nixon, Dwight Chapin; que un consejero personal de Nixon, Halderman, manejaba fondos secretos de la Casa Blanca, y que un cheque de 25.000 dólares había viajado a México y desde allí había vuelto a entrar en Estados Unidos para financiar las operaciones no sólo de espionaje, sino de sabotaje de la campaña demócrata, y, especialmente contra McGovern; que Hunt y Liddy habían instalado micrófonos no solamente en Watergate, sino en los teléfonos de periodistas y funcionarios de la Casa Blanca para averiguar de dónde salían las informaciones. El comité de reelección de Nixon hizo una declaración diciendo que todas estas informaciones eran "una colección de mentiras absurdas": en el mismo sentido se pronunció el jefe de prensa de la Casa Blanca. El 22 de noviembre se celebraron las elecciones, y Nixon salió triunfante. El 8 de enero comenzó el interrogatorio de los siete de Watergate. El 7 de febrero, el Senado decidió la formación de una comisión especial de investigación, presidida por el senador Sam Ervin, demócrata, de setenta y seis años. Mientras tanto, Nixon hace público el informe de su consejero jurídico,

John Dean: nadie en la Administración, nadie en la Casa Blanca estaba al corriente de esta operación. Sin embargo, a partir del 23 de marzo comienzan a escucharse nuevas revelaciones: el juez que iba a pronunciar sentencia en el caso Watergate recibió una carta del detenido McCord anunciando que le habían pagado para que callase, pero que la operación le había sido ordenada "por sus superiores", y que varios testigos del proceso habían cometido perjurio; uno de estos superiores era el propio John Dean; otro, Jeb Magruder, adjunto de Mitchell en el comité de reelección. Nixon anunció que estos funcionarios seguían mereciéndole plena confianza. El 19 de abril, el ministro de Justicia, Kleindienst, anunció que se retiraba de la investigación por su relación personal con algunos de los acusados. El 20 de abril, Mitchell, antiguo ministro de Justicia, vuelve atrás de todas sus declaraciones para decir que había sido puesto al corriente de la operación que se planeaba, pero que se había negado a favorecerla. El 26 de abril, Magruder dimite de sus cargos —en la Casa Blanca y en el Ministerio de Comercio— y declara que John Dean había mentado totalmente en su informe, y que estaba personalmente implicado en el caso. Ante estas acusaciones, Dean pidió a Nixon que le amparase con la inmunidad de la Casa Blanca y evitase que tuviera que declarar. Nixon no pudo hacerlo, y Dean comenzó a hacer nuevas acusaciones: complicó a Halderman y a John Ahlich, consejeros personales de Nixon, y acusó a Mitchell

de haber planeado la operación Watergate. Dean anunció que poseía documentos que había conseguido sacar de la Casa Blanca, dijo que su vida estaba en peligro y acusó personalmente a Nixon. El 27 de abril dimitió el director interino del FBI, Patrick Gray, y comenzó a hacer revelaciones acerca de los documentos secretos que había destruido su servicio por orden de la Casa Blanca. Citó unos documentos secretos acerca de John y de Edward Kennedy. El 30 de abril, Nixon anunció la separación del servicio de la Casa Blanca de Ehlichman, Halderman, Dean, Strachan —ayudante de Halderman—; la sustitución del ministro de Justicia, Kleindienst (por Richardson). Es el discurso del llanto. Admitió su responsabilidad indirecta y prometió que en los días que le quedan de mandato construirá una América feliz. Poco después, aparecieron los nombramientos del nuevo personal. El general Haig, segundo jefe de Estado Mayor del Ejército, se hacía cargo de todos los servicios de la Casa Blanca. La dirección interina del FBI se ha confiado a Ruskelhaus, quien ha puesto una guardia permanente de agentes en la Casa Blanca para evitar la desaparición de nuevos documentos. Estos no son más que los datos esenciales del asunto, que parece enormemente enrevesado, y que a cada nueva investigación ofrece más ramificaciones. A pesar de las comisiones especiales del Congreso, de Justicia, del FBI, de la Casa Blanca..., la mayor parte de los detalles han sido revelados por los periodistas, especialmente por el "Washington Post". ■ J. A.

PSICOANÁLISIS EN LOS PAISES DEL ESTE

Los países del Este entreabren sus puertas al psicoanálisis. Se trata de una revolución, aunque tímida, como muestran los trabajos del primer simposio de psicoterapia, celebrado en un país socialista. Praga acogió el mes pasado a especialistas de la URSS, Bulgaria, Hungría, Polonia, la República Democrática Alemana, Rumania, Checoslovaquia y Yugoslavia. Todos los participantes en el simposio se mostraron de acuerdo respecto a la necesidad de fomentar la psicoterapia en general: incluso en el campo socialista, la revolución tecnológica ha "modificado las estructuras patológicas, lo cual ha provocado un aumento de los trastornos psicofuncionales". Ahora bien, sólo Hungría y Yugoslavia se han enfrentado al psicoanálisis clásico. Y sin embargo, el ruso es uno de los primeros idiomas a los que fue traducida la obra de Freud: lo fue antes de la guerra del 14. Hasta los años 30 podían encontrarse publicaciones psicoanalíticas en las librerías soviéticas. Desde entonces, nada. El primer intento de liberalización en este sector tuvo lugar hace unos meses, con motivo de la traducción de un libro sobre la hipnosis, escrito por un psicoanalista francés, el doctor L. Chertok. Un preface subraya la postura "inusual" para el lector soviético del autor, ya que, en lugar de referirse exclusivamente a los trabajos de Pavlov, Chertok ofrece una explicación psicoanalítica de la hipnosis con la teoría de la transferencia y la contra-transferencia. En el prólogo se invita al lector a mostrarse "crítico frente a la postura del autor" y a buscar el "germen racional", oculto en dicha postura a fin de evitar una "excesiva simplificación del problema de la relación". La edición, de 25.000 ejemplares, se agotó en sólo tres días.

